

REGIONES Y DEPENDENCIAS

Por
JOSE LUIS SAMPEDRO (*)

SUMARIO

I. DEPENDENCIA.—II. REGION.—III. TEORIA Y SITUACION REGIONAL.—IV. DEPENDENCIA REGIONAL.—V. AUTONOMIA COLECTIVA.—VI. CONCIENCIA REGIONAL.—VII. ESPERANZA "A PESAR DE..."

HE aceptado abordar este tema porque se me ha dicho que hay jóvenes con gran competencia técnica y, al mismo tiempo, hondamente desesperanzados. Ignoro si eso es cierto, pero, por si lo es, trataré de ofrecer la delgada, aunque sólida, esperanza que a mí me sostiene; la que hace años denomino en mi interior «esperanza a pesar de...». Como se verá, esa esperanza es el fruto de haber desplazado mi atención y mis estudios desde las cosas al hombre.

Con esto vengo a decir que he dejado de ser economista (en el sentido anglosajón y usual aquí de la palabra) y me siento más bien antropólogo, pues humanista tiene otras connotaciones y resulta excesivo. Espero que esta discrepancia con mis antiguos colegas contribuya a dar algún interés a estas reflexiones, porque, en estos casos, los intentos de comunicación (y eso es lo que hago ahora) deben consistir justamente en una provocación intelectual y tómese la palabra provocación en el sentido más respetuoso y, además, recíproco, para alentarnos a mutuas reflexiones.

I. DEPENDENCIA

El enunciado tema reúne dos expresiones: dependencia y región, que son un poco como las dos coordenadas que van a encuadrar mis razonamientos, porque si se quiere que unos razonamientos tengan libertad es indispensable que tengan como referencia unas normas y

(*) Catedrático de Estructura Económica.

unas reglas. Esto podrá sorprender, pero no hay más verdadera libertad que la que se atiene a unas reglas del juego, y si no, ahí está, por ejemplo, el Arte de la Fuga de Juan Sebastián BACH. El contrapunto es rigurosísimo en sus normas, y, sin embargo, que fabulosas fantasías creó BACH dentro de sus reglas. Por eso he pensado muchas veces que la libertad del hombre es como la de la cometa. La cometa no volaría si no estuviese atada por un hilo, si no estuviese sujeta, y todos esos juegos de las cometas en el aire, y todas sus evoluciones, las hacen justamente porque obedecen a una sujeción; si no, no volarían.

Pues bien, he querido que para mis reflexiones (que cada día pretendo más libres, aunque eso sea muy difícil) hubiera no un cordón, sino dos, que en cierto modo se contraponen y en cierto modo se confirman y crean así un juego, una especie de dialéctica: por un lado la región y por otro la dependencia, de la cual diré algo. La dependencia es un descubrimiento fundamental para la teoría económica que contempla el sistema económico mundial.

A mi entender, no se puede comprender nada del sistema económico mundial si no se parte del hecho de la dependencia. Más aún, como trataré de justificar, ese hecho es para mí tan fundamental y decisivo, tan clave del arco de la realidad económica, que me atrevo a pensar, que si algo de algún interés afirmo en este trabajo, será lo que quiero exponer sobre la dependencia como idea generalizada y no solamente como caso particular de la realidad económica en el campo de la economía internacional.

La segunda coordenada en la que me voy a mover, a la que voy a amarrar mi libertad para volar mejor si puedo, es la región. La región es también un hecho en frase rubeniana conocidísima, a la vez muy antiguo y muy moderno. Muy antiguo porque ahí está su historia, pero muy moderno porque el hecho regional emerge en estos últimos tiempos, como saben todos muy bien, con ímpetu verdaderamente impresionante, y no digo sorprendente porque si se contemplan las razones de ese ímpetu, como voy a hacer luego brevemente, se comprende que no podía por menos de ser así.

Y como afirmaba antes, por una parte el hecho regional confirma la dependencia en la medida en que hay una subordinación regional; pero en otro sentido, en la forma en que hoy la región emerge como fenómeno en la vida social, contradice también esa dependencia, porque justamente el significado más vivo hoy de la palabra región es la afirmación de la región como unidad; es decir, en mayor o menor medida un cierto grado de autonomía o un cierto grado de autodeter-

minación, que supone justamente lo contrario o, al menos, la compensación de esa dependencia.

Pues bien, vamos a ver brevemente que nos importa recordar aquí de la dependencia, qué nos importa recordar aquí de la región y en qué medida la teoría económica de la dependencia es aplicable o no a la región, para ver en qué medida existe una dependencia regional, hasta qué punto esa dependencia regional es más o menos fuerte que la dependencia de los países dependientes dentro del sistema económico mundial y, finalmente, qué perspectivas se ofrecen a la región como unidad de combinación de recursos y además como unidad de toma de decisiones, sea en una forma autonómica o no.

Empezaremos recordando que la ciencia económica convencional da por supuesto que el problema de los actuales países en desarrollo es el mismo que afrontaban hace dos o tres siglos los países actualmente industrializados. En consecuencia, lo que debe hacer el Tercer mundo para progresar es imitar el comportamiento seguido entonces por los países hoy avanzados y, sobre todo, establecer un sistema de economía de mercado y fomentar la formación de capital. Porque, en efecto, esa ciencia económica ofrece una teoría del desarrollo fundamentalmente técnica (los adimentos políticos y sociológicos a la teoría han venido después a regañadientes y no se logra integrarlos) en el sentido de que la palanca básica del desarrollo es la inversión productiva, basada en el ahorro. En el fondo, lo que se suele servir en muchos manuales bajo el epígrafe de «teoría del desarrollo» es mucho más una mera teoría del crecimiento que, como tal, no se plantea los problemas de las transformaciones sociales inherente a todo proceso de auténtico desarrollo.

En realidad, la cuestión es más complicada, pero no es mi tema de ahora y me basta con las anteriores consideraciones para denotar suficientemente a que me refiero cuando hablo de la teoría de los economistas convencionales frente a la realidad del subdesarrollo. No ignoro que, de hecho, nadie afronta en serio tal realidad con esa teoría; pero la eliminación de variables políticas en el campo convencional de la ciencia económica impide elaborar otra teoría. En definitiva, esta ha de reducirse a recomendar, a los países en desarrollo, el mismo uso que en el pasado hicieron los países hoy industriales de sus recursos económicos; como si esos recursos fueran las únicas causas del progreso histórico, y como si las circunstancias envolventes fueran las mismas que entonces, para el caso del Tercer Mundo actual.

En otras palabras, parece como si el desarrollo consistiese y pu-

diese representarse plásticamente como la escalada de una montaña. Una montaña en cuya cima están niveles más altos de vida, niveles más altos de prosperidad, y a la cual están llegando o de la cual están cerca ya una serie de países que son los más avanzados, mientras que otros «alpinistas» están en la base de la montaña empezando a subir, o ni siquiera han despegado aún, para utilizar una expresión que hizo famosa Rostow.

Pues bien, con frecuencia en estos años, sobre todo en los cincuenta (no tanto ya en los sesenta, porque como veremos el lenguaje ha cambiado muy profunda y muy significativamente) los alpinistas que andaban por las alturas, se inclinaban hacia los otros alpinistas y les decían: «para subir aquí hemos seguido un camino, ahí está, basta con seguirlo, imitarnos a nosotros, aplicar el sistema de la economía de mercado, la libre competencia, elevar así la productividad, etc.».

Bueno, hoy está bastante desacreditada esa teoría que empezó a ser desmontada, sobre todo en la CEPAL (Comisión Económica para América Latina) y fue muy criticada en la primera Asamblea de la UNCTAD en 1964, donde el informe del Secretario General, PREBISCH, se basó justamente en la diferencia entre el centro y la periferia.

No voy a insistir en ideas que se conocen perfectamente, sólo quiero recordar que según ellas, por decirlo brevemente, lo que ocurre es que los países hoy desarrollados no fueron nunca países subdesarrollados, porque cuando ellos estaban a un nivel más bajo del que están hoy, no estaban por debajo de nadie y, por consiguiente, cuando querían expandirse por los mercados mundiales se encontraban con mercados dominables y, efectivamente, los dominaron; mientras que los países subdesarrollados de hoy se encuentran en inferioridad respecto de los ya desarrollados y, por consiguiente, si quieren extenderse por otras áreas se encuentran con que los mercados están dominados. En otras palabras, las circunstancias en que se desarrolló la economía mundializada de la Gran Bretaña en el XIX no tiene nada que ver con la situación en que se encuentra cualquier país en desarrollo que quiera desarrollarse en nuestro tiempo.

Aparte de otras diferencias, en las que no vamos a entrar, el hecho es que los «alpinistas» no son tales alpinistas individuales subiendo por una montaña. El símil que habría que utilizarse parecería más bien el de las ruedas delanteras y las ruedas traseras de un coche: existe una conexión entre las unas y las otras. Existe así una atadura entre

los «alpinistas» adelantados y los atrasados, y ello significa que por mucho que corran las ruedas traseras del coche, no alcanzarán nunca a las ruedas delanteras, que irán siempre por delante de las ruedas traseras, dada la estructura del sistema.

En otras palabras, existe una situación de dependencia de los países en desarrollo y esa dependencia se debe a la estructura del sistema. Algunas posiciones más avanzadas, de las que no estoy nada lejos, afirman, incluso, que la dependencia es creada por los países ya desarrollados, y como ha dicho algún autor muy conocido, el subdesarrollo es una consecuencia del desarrollo. Por consiguiente, en estas circunstancias estamos muy lejos de aquella situación en la cual se pensaba que el desarrollo vendría por añadidura, difundido automáticamente por la expansión de un comercio mundial sin trabas.

Así, la dependencia corresponde a una idea de subordinación o si se quiere emplear palabras cargadas de connotaciones políticas, se puede llamar explotación, colonialismo, neocolonialismo, etc. En definitiva, la dependencia alude a situaciones de ese tipo.

Afirmado esto, lo que me importa retener solamente es lo siguiente: primero, que lo opuesto a la dependencia no es la independencia, porque la independencia económica no se puede conseguir nada más que a niveles enormemente bajos de vida. Quizá son independientes, posiblemente lo son, algunas tribus amazónicas, algunos grupos étnicos de Africa, los pigmeos, por ejemplo. Pero si se aspira a un nivel de vida mínimamente moderno, para entendernos, la independencia es imposible. En el mundo de hoy, nadie es independiente, de modo que lo opuesto a la dependencia no es la independencia. Lo opuesto es la interdependencia y, entonces, cuando se piensa en la posible salida de la dependencia, tenemos que estar pensando en términos de interdependencia.

Sin embargo, debemos tener cuidado una vez más, pues la palabras se prestan a darnos una visión auténtica de la realidad o se prestan a servir como racionalización de explotaciones y situaciones de dominación. Por eso el Delegado de la República Popular China en las Naciones Unidas, hace dos o tres años, advirtió que había muchas formas de interdependencia. Así, que duda cabe que hay interdependencia entre el jinete y el caballo, pero, naturalmente, la situación del caballo es completamente distinta a la situación del jinete, de modo que cuidado también con la interdependencia. En todo caso, la dependencia significa subdesarrollo.

Y para terminar con este punto deseo subrayar algo que no he

visto escrito por otros (aunque uno ha renunciado ya a la idea de ser original), para perfeccionar la idea de que subdesarrollo significa estar menos desarrollado que otros. A mi juicio, la palabra tiene una significación más patética todavía, más trágica y más frustradora, consistente en que el subdesarrollo significa también no estar ya por debajo del desarrollo de otros, sino por debajo del desarrollo de uno mismo, si las condiciones hubieran sido otras.

A mí me parece trágico que el subdesarrollo en el mundo de unos países respecto de otros, o dentro de un país, de unas regiones respecto de otras y dentro de una ciudad entre unos seres respecto de otros signifique esencialmente esto: que el individuo, la colectividad, la región, el país podían haber sido más de lo que son. Y en ese contraste entre lo que la potencialidad interna que podía haberse desarrollado en beneficio del individuo y de todos; entre esa potencialidad que se frustra y la realidad mucho más aplastada en que se vive, en ese contraste veo algo mucho más patético que el ser menos que otros. Creo que aceptaríamos todos más fácilmente una situación modesta, si creyésemos que esa situación modesta era nuestra realización y si creyésemos que con ella hemos dado de nosotros todo lo que podíamos. Lo patético para mí es que con frecuencia esas situaciones de inferioridad son de inferioridad respecto de uno mismo y hay que expresar esa triste lamentación de ¿qué hubiera podido ser yo si hubiera nacido allí o acá, en estas condiciones o en otra casa? Yo creo que esa acepción del prefijo sub es más grave casi que la otra.

II. REGION

En cuanto a región, es un término también muy vago que, en primer lugar, plantea problemas de imprecisión espacial. Así, alude a veces a áreas como la región mediterránea; otras a constelaciones de países enteros; otras veces se refiere a áreas grandes o pequeñas dentro de un país, etc.

En segundo lugar, se plantea el problema de la permeabilidad de esas áreas; es decir, el de sus confines. Unas veces son fronteras, otras son límites geográficos de gran importancia, como océanos. Existen regiones (en el sentido anglosajón de la palabra) muy determinadas, como el Continente Americano en su conjunto, mientras que hay regiones que son como zocos, como ágoras: así, el Mediterráneo mismo; son patios de vecindad a los que se asoman diversos países que con-

viven. La permeabilidad es muy distinta que si se trata de regiones dentro de un país. Veremos enseguida este problema de las fronteras, pero a mí lo que me importa es que cuando me refiero aquí a la región tengo en la mente esencialmente la región española que es nuestro tema. No estoy hablando ahora de problemas internacionales.

Finalmente, el problema esencial es el contenido de la región, decisivo para determinar la clase de unidad estructural que puede constituir una región y para la diferenciación respecto del entorno. En ese contenido y en esa diferenciación, sin salir de nuestro país, hay diferencias considerables. A veces se alegan diferencias lingüísticas e históricas; incluso a veces diferencias étnicas, más o menos justificadas y entonces la terminología tiende a variar. Se habla de región, de nación, de nacionalidades, de países. Yo no voy a entrar en ese problema terminológico, pues en unos excelentes artículos del profesor GARCÍA DE ENTERRÍA, publicados no hace mucho en *El País*, se aportaba un informe británico sobre el tema cuyo criterio definitorio consistía en considerar como nación a toda colectividad que tuviera conciencia de ser una nación, que se sintiera colectivamente como tal. Siempre que esa conciencia sea auténtica, considero válido el criterio. Soy partidario de que las personas y los grupos humanos tengan derecho a llamarse lo que quieran, y por eso soy de los que acatan Latinoamérica, aunque a veces digan Iberoamérica, porque ellos han decidido que se llaman así; lo mismo que Pablo VI decidió llamarse Pablo VI y no Paulo VI, como en España se empeñaron en hacerlo algunos, al principio de su pontificado, siguiendo la costumbre nacional de ser más papistas que el Papa. Ahora bien, el problema es el de la autenticidad, porque la conciencia que se tenga en cada caso de ser nación es manipulable. Las técnicas modernas han aportado grandes posibilidades de manipulación política y se puede provocar el manipular fuertemente, artificialmente, la conciencia de nación.

Además, habría que preguntarse muchas veces quienes son los que tienen esa conciencia dentro de la propia región, porque uno de los grandes errores que cometemos casi siempre los intelectuales y los modestos artesanos intelectuales como yo, es creernos que un país se compone sólo de personas como nosotros, cuando en realidad somos una minoría. A veces la conciencia de nación está en una minoría y no en la mayoría; pero, en fin, esta observación es únicamente para matizar este concepto que, por otra parte, a mí no me importa demasiado, porque la cuestión no está en el nombre, sino en la articulación de las relaciones económicas entre cada una de esas unidades y el

conjunto. Lo que importa es qué relaciones existen entre una región y el resto del país.

Antes de seguir adelante quisiera añadir algunas precisiones sobre la región. Primero, la importancia del tema. Este tema está ahora vivísimo, constituye una cuestión palpitante, según se decía en tiempos de doña Emilia PARDO BAZÁN. Esa actualidad no es nada extraña por las interrelaciones entre la economía regional y la economía nacional, los problemas de desequilibrio regional y los planeamientos macroeconómicos nacionales: toda una serie de conexiones causantes de que el tema sea realmente importante en sí mismo. Y más aún desde el punto de vista agrosocial por la trascendencia de la vida rural y la actividad agrícola y ganadera como soporte esencial en muchos casos regionales. Incluso cuando se trata de regiones con industrialización avanzada, aparecen los contrastes y las interdependencias entre zonas industrializadas y zonas rurales.

Finalmente, yo quisiera insistir en que la región, como se afirma anteriormente, es muy antigua y muy moderna. Y si su antigüedad no necesita explicación, en cambio, su actualidad muy moderna se debe no tanto a una reivindicación política (aunque este sea el planteamiento habitual) cuanto a un imperativo técnico-histórico. En otras palabras, debo hacer hincapié en el hecho de que si la región está de moda, por decirlo así (no sólo en España, sino en otros países y, por supuesto, en Europa) no es sólo por apoyar reivindicaciones políticas en un sustrato físico y humano, sino porque la región ha emergido a consecuencia de innovaciones técnicas. Y eso es lo que la convierte en un imperativo histórico actual.

Lo que quiero decir, para expresarlo muy brevemente, es que en un momento dado de la historia la técnica determinó el anticuamiento (o, como se dice ahora, la obsolescencia) de los estados medievales y pasamos a lo que se llamó luego en Europa las modernas nacionalidades, las grandes nacionalidades con lo que aquellos estados pasaron a convertirse en muchos casos, como en España, en regiones, e incluso se crearon las provincias como subunidades de organización de recursos. Ahora bien, esa misma técnica al continuar avanzando, ha determinado hoy dos cosas y la primera es que las naciones, las que fueron modernas nacionalidades y grandes potencias todavía a principios del siglo XX, se han quedado pequeñas.

Recuerdo que cuando Bélgica compró, allá por los años cincuenta, los primeros aviones a reacción, no los pudo probar dentro de su te-

territorio, porque Bélgica es un país demasiado pequeño para ensayar un avión a reacción; como la bañera doméstica es demasiado pequeña para usar un bote. Es decir, los países se han quedado pequeños y cuando empezó la Astronáutica con el lanzamiento del «Sputnik», una gran potencia como la Gran Bretaña, tuvo que confesar su impotencia para dedicarse a la Astronáutica, por carecer de recursos para ello.

Así, por un lado, las grandes potencias (es decir, las naciones aparecidas en la edad moderna y que no tienen la magnitud continental de los Estados Unidos o la Unión Soviética) se han quedado pequeñas y, paralelamente, la provincia, que era una unidad adecuada para la organización de los recursos con fines subnacionales, a fines provinciales se ha quedado también pequeña con los nuevos medios de transporte y de comunicación. En cambio, la región se revaloriza como una unidad territorial técnicamente más favorable que la provincia para la combinación de recursos en la escala actual. Por eso un autor tan clásico en estos temas como MUNFORD (el autor de *Técnica y Civilización*) ha podido decir que «la región es el futuro».

Además, no sólo está de actualidad la región por esa evolución técnica, sino también dialécticamente por la razón contraria; a saber, que el gigantismo (es decir, el llegar a unidades de organización de recursos muy grandes) empieza a tener sus inconvenientes, lo mismo que las economías en gran escala en la producción a ciertos niveles empiezan a ceder el paso a las antieconomías por la producción en gran escala. Hoy estamos, creo fácil predecirlo, ante una crisis de los excesos de organización, una crisis de los conceptos que confiaban demasiado a la burocracia organizativa la eficiencia de las grandes unidades. Por eso, en cambio, se tiende crecientemente no sólo a una desconcentración de funciones, sino a algo de más profundidad, que es una descentralización; es decir, a diseminar centros de decisión, porque la concentración excesiva resulta ineficiente.

Por estas razones es por lo que «la región está de moda» y por estas razones es por lo que tiende a configurarse no como un área de desconcentración de decisiones, es decir, de decisiones tomadas allí, pero dentro de una jerarquía general; sino como un foco de descentralización, es decir, de toma de decisiones descentralizadas. De ahí es fácil comprender como instantáneamente se pasa a ideas de autodeterminación, a planes de autonomía insertos ya en la idea misma de descentralización.

Vamos a plantearnos ahora el problema teórico consistente en la posibilidad de trasplante de la teoría de la dependencia, elaborada por los tradistas de la economía del desarrollo, a la situación de las regiones dentro de un país.

III. TEORIA Y SITUACION REGIONAL

¿Es aplicable o no la teoría de la dependencia a la situación regional? Otra de mis grandes ambiciones en este momento es que llegue a alguien la botella que lanzo al mar desde mi isla vital en el ocaso, con el siguiente mensaje en su interior: «economistas, apresuraos a organizar todo vuestro andamiaje teórico a base de generalizar las relaciones de dependencia». Estoy persuadido de que por ese camino puede renovarse la ciencia.

A mi juicio, lo mismo que en un momento dado se pensaba que la realidad económica consistía en un océano de libre competencia con sólo algunas islas monopolísticas y después se llegó a percibir esa realidad como la generalización de grados diversos de monopolio (lo que llamaba ROBINSONS la teoría de la competencia imperfecta) invito a todos a pensar que el hecho general es la dependencia y de ninguna manera la concurrencia igualitaria. Ya el monopolio implica dependencias, pero hay además otras muchas sociales y no sólo económicas. Lo que no existe es la competencia en condiciones de igualdad, digan los libros de texto lo que digan. Lo generalizado es la dependencia. Hay países que dependen de países y regiones que dependen del centro y regiones que dependen de otras regiones, y, sin salir de una ciudad, barrios dependientes del resto de la ciudad, y, sin salir del barrio, personas que dependen de otras personas y grupos minoritarios; mujeres, grupos marginados, gitanos, estudiantes, etc.

En suma, la dependencia reina por todas partes y la teoría económica ortodoxa, al escamotear nada menos que la variable «poder», tratándola sólo de vez en cuando en forma de poder económico, escamotea la idea de la dependencia. Por eso, como caso particular del hecho general que domina la realidad económica, claro está que la teoría de la dependencia es aplicable a las regiones, y nos encontramos simplemente con que el trasplante de la teoría de la dependencia elaborada por los economistas del subdesarrollo exige, como siempre, ciertas adaptaciones al caso interior.

Sobre esas adaptaciones elaboré un pequeño trabajo (ya publi-

cado por la Facultad de Ciencias Económicas de Málaga), para el I Congreso de Historia de Andalucía celebrado en diciembre de 1976, en el cual construí un modesto modelo, distinguiendo una dependencia directa de otra indirecta. Además, es preciso darse cuenta de que la dependencia de un país no significa la dependencia de todos los que están dentro de ese país, respecto de otros, porque dentro del primero hay gentes que no son nada dependientes, e incluso son bastante independientes. Por eso alguien ha dado como definición de la ayuda al desarrollo la política que consiste en que el dinero de los pobres de los países ricos, pasa a los bolsillos de los ricos de los países pobres, para volver después al bolsillo de los ricos de los países ricos. Lo cual quiere decir que dentro de cada unidad considerada no hay homogeneidad, sino que hay sectores dependientes y sectores independientes, y por eso hay casos de asociación de la dependencia, en la que parte de los asociados son grupos sociales de los propios países dependientes.

Pues bien, en la región ocurre lo mismo, sólo que más complicado; porque existe la dependencia a nivel de estado, como se dice ahora, con grupos asociados a los dominantes extranjeros y luego existe otra a nivel de región con aliados regionales de los dominantes del centro.

El resultado de todo esto es una conclusión práctica enormemente importante, y es la diferenciación entre autonomías y pseudo autonomías. A causa de estas últimas, a veces resultaría preferible depender del centro, antes que depender del caciquismo regional autonomizado.

IV. DEPENDENCIA REGIONAL

Con todo esto quiero decir que, dadas las adaptaciones teóricas que pueden verse en mi citado trabajo, y que no vale la pena repetir aquí, podemos abordar una conclusión importante, a saber: si la región es más dependiente o menos dependiente del centro nacional que un país dentro del sistema mundial.

Aunque no es lícito generalizar de forma absoluta, a primera vista, una contemplación alegre, optimista y complaciente nos haría pensar que la región es menos dependiente que un país dependiente respecto del centro mundial industrializado; aunque sólo fuera por aquello de que no hay fronteras, todos somos hermanos, lo que hay en España es de los españoles, y lugares comunes semejantes.

A mi juicio, sin embargo, la conclusión es opuesta: la región es más dependiente que un país dependiente dentro del sistema mundial. Hay unas cuantas razones que me parece abonan esta posición. Para empezar, siempre la subordinación política es mayor, aún sin ignorar el colonialismo que se ejerce de muy diferentes maneras, incluso sobre países formalmente independientes. Por otra parte, ni siquiera formalmente caben actuaciones defensivas regionales en fronteras, puesto que no hay fronteras. En cambio, un país dependiente puede establecer por lo menos unas barreras arancelarias o adoptar unas represalias o decidir nacionalizaciones, aún con todas las limitaciones que se quiera. Además, el hecho mismo de que no haya fronteras, no sólo impide la defensa, sino que dificulta el poner en evidencia la explotación y permite creer como si fuera verdadera en esa falsa comunidad de intereses que, a base de disfraces lírico-folklóricos, por ejemplo, presenta la pobreza regional como una realidad pintoresca, graciosa y agradable. Sobre esto no me resisto a transcribir un texto, precisamente porque no es de un anónimo periodista, sino de persona muy significativa, que, acompañando, en 1976, a los Reyes de España en su viaje a Andalucía, escribió en su crónica lo siguiente, refiriéndose a los discursos de los alcaldes andaluces en la recepción a Sus Majestades. Decía éste: «En la casi totalidad de los aludidos discursos, tan poco captados cuando se pronunciaban al aire libre, observé una constante merecedora de alguna reflexión. ¿Por qué se empeñan los andaluces en repetir demasiado a menudo que están en condiciones de subdesarrollo? Especialmente en los pueblos, la gente tiene un aspecto saludable, que bien quisieran en otras partes de Europa que pasan por desarrolladas. Van en la actualidad bien trajeados, cuando no bien encochados. El hecho de que la región no esté industrializada no quiere decir que esté subdesarrollada fatalmente. La vida en Andalucía es más grata que en otras partes de España y cuando se afirma que hay más desempleo que en parte alguna, se olvida que en alguna de sus provincias el trabajo, desde siempre, ha sido estacionario. Ahora a los períodos vacantes del monocultivo se le llama desempleo, y no pocos de los que cobran subsidios de paro trabajan en jornales esporádicos que ni ellos, ni desde luego muchos patrones declaran. Si hay algún subdesarrollo visible, es en todo caso el cultural: poca lectura, pocos diarios y pocas ganas de estudiar».

Aún no siendo yo andaluz, ante esa visión me siento profundamente indignado, porque ésto es como cuando se argumenta lo bien

que lo pasan los andaluces porque cantan y tienen flores en la ventana. Ese texto, precisamente, sirve de ejemplo sobre las posibilidades de manipulación a base de hechos que son reales; porque es verdad que hay flores en las ventanas y que la gente canta, pero es preciso percibir además otras muchas más cosas y entonces nos encontramos con que la falta de fronteras no pone en evidencia la explotación. Más aún, en el caso de las regiones se pueden dar incluso progresos «retrógrados», aparentes, que en realidad son perjudiciales. Por ejemplo, mejoran los transportes y las comunicaciones, se introduce la televisión y otros progresos; pero el resultado es alentar la emigración; normalmente la emigración de las personas con más iniciativa, de los mejores. Así se empobrece la calidad de los recursos humanos disponibles dentro de la región e incluso se destruye la identidad cultural misma de la región y hasta la conciencia regional.

Otro ejemplo: se establecen nuevos servicios bancarios, facilitándose trasvases de fondos, muchos fuera de la región. O se promueve la industrialización, pero entonces ocurre que esta industrialización es con frecuencia dependiente y los tipos de industrias seleccionados están supeditados a las preferencias de los centros de decisión que se adoptan fuera; no a la conveniencia regional.

Además, como afirmaba antes, existen aparentes progresos políticos, a saber: ciertas autonomías que en realidad son pseudoautonomías. En conclusión, a mí me parece que la región tiene mayores dificultades para reducir su dependencia que los países en el contexto mundial.

V. AUTONOMIA COLECTIVA

En consecuencia, si admitimos que la teoría es trasplantable al interior de los países, entonces contemplemos lo que ocurre, para aprender en lo posible. Y lo que sucede en el Tercer Mundo es una extraordinaria evolución en las actitudes y en el lenguaje. No digo tanto en las situaciones, aunque también enseguida matizaremos estas afirmaciones. Cualquiera que haya seguido, no sólo en los documentos, textos y comunicados de las Conferencias Internacionales, sino incluso en vivo (yo he tenido la suerte de asistir a algunas Conferencias desde hace bastantes años), se dará cuenta de cómo han cambiado el lenguaje y las actitudes.

En los años cuarenta, sobre todo después de que en enero de 1949, el presidente TRUMAN lanzase la idea del «Cuarto Punto» de su pro-

grama, los países del Tercer Mundo pedían ayuda. Hoy han dejado de pedirla. Lo que hacen es organizar lo que ellos llaman (y estas palabras son claves en el lenguaje de hoy), la «autonomía económica colectiva». Nuevamente nos volvemos a encontrar con esa palabra: autonomía.

La «autonomía económica colectiva» es un concepto elaborado también en América Latina y sobre todo en la Conferencia de Méjico, en septiembre de 1970. Esa autonomía económica colectiva es hoy el «slogan», la bandera de los países del Tercer Mundo y se ha visto alentada sobre todo desde que en 1973 los países productores de petróleo llegaron a imponer condiciones al centro industrializado.

Sé muy bien que el caso del petróleo es singular y resulta muy difícil encontrar equivalentes en cuanto a concentración geográfica y condición de producto indispensable para los países adelantados. Por eso, lo que han logrado los países de la OPEP no es fácilmente repetible. Pero no es menos cierto que las actitudes han cambiado y que la autonomía económica colectiva representa esencialmente el disponerse a contar con los propios medios. Esto de contar con los propios medios, que se ha empezado a lanzar sobre todo por la China Popular. Luego algunos países han insistido en el tema, como Argelia, antes de la Sexta Asamblea Especial de las Naciones Unidas en 1974. Tal autonomía no tiene sentido si se piensa en un país sólo (como no tiene sentido si se piensa en una región sola), porque ya afirmé que lo contrario de la dependencia no es la independencia; pero si se trata de una autonomía económica colectiva pasamos a otra situación que es la de la intradependencia, la dependencia entre estos países entre sí, con el fin de enfrentarla a la situación de los más favorecidos. Entonces tiene más sentido la idea de contar con los propios medios.

Por supuesto, la táctica de los desarrollados consiste en desarticular todo lo posible el otro bloque, en crear divisiones, en suscitar rivalidades y envidias. Pero por muy lejos que veamos la posibilidad de una auténtica autonomía económica colectiva en el Tercer Mundo, lo cierto es que si miramos hacia atrás nos encontramos con que las actitudes han cambiado muy profundamente, no ya desde los años cincuenta hasta ahora, sino simplemente desde la Sexta Asamblea Especial de las Naciones Unidas de 1974 hasta, por ejemplo, la Conferencia Norte-Sur de París. La Conferencia Norte-Sur de París fracasó, y fracasó esencialmente por lo siguiente: porque se pretendía un diálogo y no hay diálogo cuando cada dialogante habla idiomas distintos. Allí los industrializados pensaban sistemáticamente en la ayuda

al desarrollo, mientras el Tercer Mundo hablaba sistemáticamente de la autonomía económica colectiva con mercados integrados y otros mecanismos conocidos. La consecuencia de usar lenguajes distintos es que el lenguaje condiciona el pensamiento en términos de las categorías acuñadas y eso es lo que determina luego nuestras actitudes. Es fácil pensar, por ejemplo, que si los intentos de la OPEP se hubieran producido, digamos veinticinco años atrás, seguramente no hubieran tenido ninguna posibilidad de éxito, porque la capacidad de reacción de los países adelantados era muy distinta de la que tienen hoy. Es verdad que algún jerarca norteamericano dijo que si era necesario invadirían los países árabes, pero no se han atrevido, porque las condiciones actuales no son las de cuando un cañonero llegaba a Agadir, disparaba unos cañonazos y resolvía la cuestión de Marruecos. La situación en el mundo es hoy muy distinta, y no permite tales actitudes, como no permitió la ocupación anglo-francesa del canal de Suez en 1957.

VI. CONCIENCIA REGIONAL

Con esto yo quisiera decir que la esperanza de las regiones empieza por comenzar a hablar un nuevo lenguaje; es decir, pensar de manera distinta, empezar a tomar conciencia. Conciencia, ante todo, de la propia capacidad y de los recursos. Después de otros hechos, a mi juicio, alentadores.

En primer lugar constatar que la región es un imperativo histórico. Es decir, no se trata de una moda ni de un instrumento artificial inventado para reivindicaciones políticas y manipulación de masas. Por supuesto que esa manipulación influye, dándole contenidos diferentes a las reivindicaciones. Puede incluso adoptar sesgos, pero también es verdad que estamos en una etapa técnica en la cual para fines subnacionales de planificación, la región es una unidad de combinación de recursos preferible a la provincia.

En segundo lugar, empezamos a estar de vuelta del exceso de centralización de poder y eso, a mí por lo menos, me regocija profundamente. Creo que la lucha contra la concentración de poder es siempre buena y, si se me permite llegar al extremo, yo diría que soporto todos los poderes que me caen encima porque no puedo hacer otra cosa, pero no respeto (lo que se dice respetar) más que el único poder en el que no nos adiestran en nuestra cultura occidental, a saber: el

poder de cada uno sobre sí mismo. Es el único que me parece respetable.

En otras palabras, la interdependencia, como dicen de la caridad bien entendida, empieza por uno mismo, hay que convertir todas las dependencias frente a las concentraciones de poder en intradependencias, en autonomías económicas colectivas, en interdependencias. Es decir, no se trata de alcanzar una libertad utópica o arbitraria, sino —volviendo al ejemplo primero— de lograr una libertad pactada, una libertad concertada. En suma, una interdependencia.

Por eso, además, es necesario que la descentralización sea auténtica, conteniendo un cierto grado de poder regional. No un poder independiente, que no favorecería ni a las propias regiones, pero sí efectivo y eficaz para ciertas funciones efectivamente descentralizados.

VII. «ESPERANZA A PESAR DE...»

Me queda una cuestión final: la de si ese proyecto es posible. La primera reacción ante ella es que si se reconociese conmigo que el objetivo es deseable, desde el momento en que se empieza a perseguirlo ya, se está consiguiendo algo importante, que es la realización de uno mismo como individuo, o como región. En otras palabras, si pensamos una vez más en la importancia del poder sobre sí mismo, entonces el intento de realización de esas autonomías intradependientes e interdependientes es un proceso que por sí mismo emprende ya el camino de su realización.

Por otra parte, ya sé que hay resistencias interesadas de los centros establecidos de poder frente al individuo, frente a la región o frente a los países en desarrollo; pero todo proceso de cambio ha tropezado siempre con resistencias. Por eso yo decía que esta es una esperanza histórica, una «esperanza a pesar de...»; a pesar de tales resistencias. En efecto, cabe afirmar, por principio, que no hay un solo caso de estructura social en la cual los grupos dominantes hayan facilitado el cambio. Siempre esos grupos, por comprensible actitud, han tratado de evitar el cambio y de mantener la estructura presente. Pero, a pesar de esas resistencias, la historia nos enseña que su categoría fundamental es el cambio, mucho más que la permanencia. Lo difícil, la exageración determinista es atreverse a afirmar que el cambio tendrá una cierta dirección y un cierto sentido. Ahora bien, para afirmar que habrá algún cambio, basta contemplar la historia garantizándonos

que ninguna situación ha durado permanentemente. En definitiva, es lo que vengo llamando aquí esperanza histórica.

Hay un verso en el *Enrique V*, de SHAKESPEARE, que a mí me ha animado desde hace muchos años: «La hierba crece de noche». En otras palabras: no se puede intentar impedir el crecimiento de la hierba. O, lo que es lo mismo, no hay quien pare por mucho tiempo la historia. Es, en definitiva, una afirmación de fe en la vida.

Lo esencial es percibir que para todos estos problemas planteados aquí (la libertad, la autonomía o el poder sobre uno mismo), el gran impedimento no es tanto la voluntad de los dominantes cuanto el sistema mismo. Y cuando hablo del sistema no estoy refiriéndome simplemente a este capitalismo consumista (que a mí me parece degradante), sino también al socialismo productivista; porque tanto el uno como el otro veneran un fetichismo de las cosas. La tecnolatría, y la consiguiente escala de valores antihumanos, rige en el mundo capitalista, pero se prolonga en el socialismo de tipo soviético, que lleva a su cima la llamada racionalidad del sistema.

Pues bien, frente a ese fetichismo de las cosas otros estamos a favor del hombre con su entorno. Estamos contra lo que considero la prueba más evidente de la aberración de ambos sistemas: considerar como un gran progreso y llamar «limpia» a esa bomba de neutrones cuya propiedad (por lo visto admirable) es no aniquilar «nada más» que a los seres humanos, mientras deja intactas las cosas.

Esa «conquista técnica» como fruto culminante de una cultura, me parece lo más significativo que se pueda imaginar. Hay que luchar contra esto, lo que equivale a luchar para conseguir toda clase de autonomías: individuales, nacionales y regionales. Pero luchar contra esto es hablar de otro modelo de desarrollo que no sea el desarrollismo cuantitativo y esto ya está alboreando tanto en los países adelantados como en los países en desarrollo. Pero eso es otra historia.

RESUMEN

El tratamiento del tema se inicia con algunas precisiones sobre los dos términos del enunciado para apoyar, en primer lugar, la teoría de la dependencia como explicación del subdesarrollo (en vez de la teoría convencional) y hacer notar que lo más grave de esa situación económica no es tanto el desarrollo inferior respecto de otros países cuanto la inferioridad respecto de lo que el propio subdesarrollado podría haber sido en otras circunstancias; es decir, la falta de realización de sus potencialidades.

En cuanto al término «región», se subraya primero la importancia de la conciencia de identidad regional o nacional y se hace ver la posibilidad de manipularla. Se explica el interés actual del tema regional porque la evolución técnica hace ineficaces las naciones del tamaño europeo (que

antes fueron "grandes potencias") e impone la integración, así como autinoa las antiguas provincias, frente a las cuales la unidad regional es más satisfactoria para organizar recursos con fines suz-nacionales.

Se plantea después el problema de si la teoría de la dependencia, elaborada para el subdesarrollo de los países, es aplicable al caso regional. El autor se decide inmediatamente por la afirmativa, pues, a su juicio, la dependencia es el fenómeno general de la realidad económica: siempre hay dependencia de unos agentes respecto de otros, trátase de países, regiones, barrios de una ciudad o grupos sociales. La teoría económica, a su juicio, podría renovarse fecundamente por la aplicación de esta idea.

Por otra parte, la dependencia regional es más intensa que la de unos países respecto a otros, pues la ausencia de fronteras debilita las posibles defensas y, además, impide incluso percibir el subdesarrollo regional, disfrazándolo a veces de pintoresquismo, como revelan algunas observaciones sobre el caso de Andalucía.

¿Qué esperanzas se ofrecen a esa dependencia regional? El autor no se hace demasiadas ilusiones porque es consecuencia del sistema, pero piensa que cualquier acción empieza por la conciencia regional del problema y por el uso de los propios medios, análogamente a como planea hoy el Tercer Mundo su "autonomía económica colectiva". Pero la superación de la dependencia no puede venir sino de otro modelo de desarrollo distinto del capitalismo consumista y del socialismo prouctivista —ambos idólatras de la técnica—, por lo que el autor se acoge a una "esperanza a pesar de" los obstáculos presentes. Es decir, a la seguridad histórica de que toda situación acaba por transformarse.

R É S U M É

L'exposé du sujet commence par quelques précisions sur les deux termes de l'énoncé pour appuyer, en premier lieu, la théorie de la dépendance comme explication du sous-développement (au lieu de la théorie conventionnelle) et faire noter que le plus grave de cette situation économique n'est pas tant son développement inférieur par rapport à d'autres pays que son infériorité par rapport à ce que son propre sous-développement aurait pu être dans d'autres circonstances; c'est-à-dire le manque de réalisation de ses virtualités.

Quant au terme "région", on souligne d'abord l'importance de la conscience d'identité régionale ou nationale et on montre la possibilité de la manipuler. L'explication de l'intérêt actuel de la question régionale est que l'évolution technique rend inefficaces les nations de dimensions européennes (qui furent autrefois de "grandes puissances") et impose l'intégration comme elle rend vieilles les anciennes provinces, face auxquelles l'unité régionale est plus satisfaisante pour organiser des ressources à des fins sub-nationales.

Puis on pose le problème suivant: la théorie de la dépendance, élaborée pour le sous-développement des pays, est-elle applicable au cas régional? L'auteur se décide immédiatement pour l'affirmative, car, à son avis, la dépendance est le phénomène général de la situation économique; certains agents dépendent toujours d'autres, qu'il s'agisse de pays, de régions, de quartiers d'une ville ou de groupes sociaux. La technique économique, à son avis, pourrait se renouveler fructueusement, si l'on appliquait cette idée.

D'autre part, la dépendance régionale est plus intense que celle des pays par rapport à d'autres, car l'absence de frontières affaiblit les défenses possibles et, en outre, empêche même de percevoir le sous-développement régional, en le masquant parfois par le pittoresque, comme le révèlent certaines observations sur le cas de l'Andalousie.

Quels espoirs s'offrent à cette dépendance régionale? L'auteur ne se fait pas trop d'illusions, parce que c'est la conséquence du système, mais il pense que toute action commence par la conscience régionale du problème

et par l'emploi de ses propres moyens, de même que le Tiers Monde planifie aujourd'hui son "autonomie économique collective". Mais, le dépassement de la dépendance ne peut venir que d'un autre modèle de développement, différent du capitalisme de consommation et du socialisme productiviste-tous deux idolâtres de la technique— C'est pourquoi l'auteur a recours à un "espoir malgré" les "obstacles actuels", c'est-à-dire à la sécurité historique que toute situation finit par se transformer.

SUMMARY

The treatment of the subject opens with some statements about the two terms in the title; they support, in the first place, the theory of dependence as an explanation of under-development (instead of the conventional theory), and point out that the most serious aspect of this economic situation is not so much that the development is inferior to that of other countries as its inferiority compared with what that of the under-developed region itself might have been in other circumstances; that is to say, the lack of realisation of its potentialities.

With regard to the term "region", the importance of the consciousness of regional or national identity is emphasised, and it is shown how it is possible to manipulate it. The present interest in the regional theme is explained by the fact that the evolution of technique makes the nations of European size inefficient (though they were formerly "great powers"), and makes it essential for them to integrate; just as it makes the former provinces out of date, for which regional unity is the most satisfactory way of organising resources for sub-national ends.

The problem is then raised of whether the theory of dependence, worked out for the under-development of countries, is applicable to the regional case. The author at once decides that it is, for in his opinion dependence is the general phenomenon of the economic reality: there always exists dependence of some agents on others, whether we are considering countries, regions, districts of a town or social groups. The economic theory, in his opinion, may be usefully renewed for the application of this idea.

Furthermore, regional dependence is more intense than that of some countries on others, for the absence of frontiers weakens the possible defences and, besides, even prevents people from perceiving the regional underdevelopment. At times it disguises it as picturesequeeness, as is shown by some observations in the case of Andalusia.

What hopes are offered to this regional dependence? The author does not form too many illusions because it is a consequence of the system; but he thinks that any action must start with the regional awareness of the problem and with the use of its own means, similarly to the way in which the Third World is today planning its "collective economic autonomy". But dependence will not be overcome except from a model of development that is different from consumer capitalism and from productivist socialism - both of which idolise technique; so the author resorts to a "hope in spite of" the present obstacles. That is to say, to the historical certainty that every situation ends up by being transformed.